3
1

CLASICOS
Y
MODERNOS

Ediciones de «Letras Regionales»

PRECIO: UNA PESETA

19 cm.
DA-1-201
R.44494
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·
1
AB
201

CLÁSICOS Y MODERNOS

S. Ramos Almodóvar

EL ALMA DE LA MEZQUITA

Novela

C. Barba

EDICIONES DE
«LETRAS REGIONALES»
CÓRDOBA

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Imp. de «Letras Regionales», Maese Luis, 22, Córdoba

I

SE EXPLICA POR QUÉ NO ME GUSTAN LAS CALLES ESTRECHAS

Y cómo han de gustarme, si en una calle estrecha me pasó lo que me pasó, que es lo que voy a contar ahora mismo?

¡Oh, Toledo, Burgos, Cáceres, Sevilla, Córdoba!... Váyale usted a uno de esos señores que se mueren por las cosas antiguas, queriéndole convencer de que no todo son encantos y poesía en esas calles retorcidas y angostas, pinas y mal empedradas, de las viejas urbes morunas o medievales. Yo mismo era un defensor, devotísimo, de ellas, hasta que me convencieron de lo contrario, eficazmente.

Y a ver si es para menos el caso.

Me hallaba yo en una de las ciudades apuntadas arriba: en Córdoba. Recién llegado a la capital andaluza, no estaba ducho aún en el intríngulis de algunas de sus calles, y leyendo un periódico que compré en las Tendillas, enfrontéme con la de Jesús y María, que me dijeron era camino recto y seguro para ir a la Mezquita famosa. Y preguntando aquí y allá, sin saber cómo, me vi en la calle de Rey Heredia, con un automóvil detrás de mí, sonando la bocina como un desesperado, y marchando veloz, cual si a la misma Casa de Socorro se dirigiera.

No es por alabarme, pero con la mano en el corazón les digo a ustedes que mis piernas nada tienen de pazguatas. Igual que un gamo corro, si se tercia, y en cuanto a lo de subir escaleras, los

tres y los cuatro escalones me los salto yo como agua, en menos que tardo en decirlo. Pero nunca había yo competido en carreras con un automóvil. Es más: tenía el presentimiento de que un automóvil con amor propio sería capaz de atropellarme, y hasta de hacerme un humilde estropajo entre sus ruedas, aunque yo echase el resto de mi agilidad. Por eso, ver el vehículo y salir de estampía fué todo uno, máxime hallándome como me hallaba en un túnel abierto al cielo apenas, y sin una puerta venturosa en que guarecerme lo menos en treinta metros de recorrido. A los pocos momentos, en vista de que la defensiva era imposible, volví la cara intentando un armisticio con el conductor. Sí, sí. ¡Para banderitas blancas estaba el hombre! Yo creo que le indignó mi

gesto de angustia, que él tradujo como reto de desafío, y más bien arreció en la marcha que se contuvo.

Y atronados los oídos por la bocina, sintiendo ya hasta el calorcillo del motor en la espalda, como si me dejara caer por un precipicio, paré en firme y apretéme contra la pared, todo nervioso y atortolado, sumido en un mar de miedo y desesperación. Oí un grito..., dos gritos... Luego, ni vi, ni oí nada, por unos instantes. Nada. Igual que si estuviera durmiendo. Ni frío ni calor, ni luz ni sombra, ni blanco ni negro. Cuando volví en mí, fué grande la sorpresa al encontrarme entre los vivos. ¡Pero cómo me encontraba! Un señor, todo descompuesto, me tiraba con energía de una manga de la chaqueta. Otro señor, vociferando como un energúmeno, malde-

cía al automóvil y al que lo guiaba, con un léxico escogidísimo. El chófer vociferaba también, defendiendo sus derechos. Yo, entre una aleta del carruaje y la pared, quieto, oprimido, aplastado, estaba como un mártir que se resigna al suplicio. Despacio, con lentitud augusta, iba cejando el coche, y trágicos rebotaban en la acera, al caer, los botones de mi traje, que así se llevaban detrás de sí los pedazos de tela, como si fuesen tiras de mi pobre pellejo. El buen señor que se esforzaba apresado a mi chaqueta, tirando con todas las veras de sus músculos, consiguió al fin parte de su objetivo, descosiendo la manga por la hombrera, que crujió lúgubre y casi dolorida, enseñando los hilachos desamparados y el algodón en rama, intruso, del relleno.

Cuando respiré libre de la tortura, de verdad creí que no podría tenerme en pie, y que, hecho pedazos, llevarían mi cuerpo a una clínica, para que un médico lo compusiera, si es que tenía arreglo. Mas con sorpresa gratísima, vi que podía andar, y que, salvo el deterioro de las ropas y unos dolorcillos de magullamiento en los riñones y en el pecho, mi estado de salud era tan excelente como si no hubiera automóviles ni calles estrechas en el mundo. La gente que se arremolinó en seguida en el lugar del suceso no lo quería creer.

Y me disponia ya a marcharme a casa, cuando se presentó en escena una señorita, toda azorada, que principió a darme explicaciones y pedirme dispensas, con tal ánimo, que las lágrimas asomaban a sus ojos. Comprendí que

era ella la ocupante del automóvil, y con toda la galantería de que entonces pude echar mano, procuré calmarla y quitar importancia a lo ocurrido. Luego, entre todos me convencieron para que en el coche mi rival fuera a casa de un tío mío, cordobés, que era donde me hospedaba. Y así lo hice, echando de ver que la señorita, dueña según dijeron del vehículo, habíase escabullido con disimulo, no apareciendo por ninguna parte.

Y en verdad que, pecando de precipitado y de incorrecto, me he portado malamente con la tal señorita. Porque, ¿no era ineludible deber, que yo hablase aquí de la impresión que me hizo su presencia: del color de sus ojos, de los detalles de su rostro, de la finura de sus manos, y hasta de la forma de su vesti-

do y de la elegancia de su sombrero? Sí que lo era, y no intento mi justificación. Pero yo les aseguro a ustedes que cuando se ha estado a dos milímetros de convertirse en tortilla, no se tienen muy despiertos los sentidos para fijarse en menudencias de cierta clase. Les doy palabra de honor.

II

CONOZCO Y PRESENTO A USTEDES A «EL ALMA DE LA MEZQUITA»

PERO antes, bueno será que diga quién soy yo, y qué es lo que hacía en Córdoba por aquellos días no muy lejanos aún, en que me pasó lo que he referido, y lo que voy a referir, que es más interesante y más transcendental.

Yo, un servidor de ustedes, acababa de terminar la carrera de boticario, que es una carrera que no me gusta, por cierto, pero que ni más ni menos que para aprovechar la farmacia y la parroquia de mi abuelo en el pueblo natal, hube de estudiar *a fortiori*, que es una frasecita latina que creo que quiere expresar *velis nolis*, que es otra frasecita

latina que no he podido averiguar qué significa. Ambas me las enseñó mi abuelo el boticario, y cuando yo le pedía el significado de una me remitía a la otra, y viceversa. Exactamente lo mismo que hacen sesudos diccionarios, con el fin maquiavélico de convertir en dificultad la sencillez misma.

Digo que me hice boticario; y tan cuesta arriba se me presentó el estudio de la química y la botánica, que al terminar, el primer cliente que me eché a la cara fuí yo mismo en demanda de específicos con que quitarme aquella palidez de píldora recién hecha, aquella debilidad en el cerebro, y aquellas pocas, poquísimas ganas de comer, que era lo más complicado del asunto.

Mi abuelo, que no era partidario de las drogas para recetas entre personas

de la familia, y él se sabría por qué, fué quien me atajó en mis intentos de ensayar unos reconstituyentes nuevos, maravillosos. Y me acuerdo que me dijo: «Donde tú te vas a ir una temporada es con tu tío Rafael, a Córdoba. Aquel clima, aquel aire de su sierra incomparable, serán un gran reconstituyente; ya lo verás.»

Y a Córdoba me fuí con el tío Rafaelito, hermano de mi madre, y buenísima persona, según tenía yo entendido por las referencias. Y digo por las referencias, porque de otro modo no le conocía a causa del aislamiento en que vivió siempre de la familia..., no sé por qué razones. Lo que sí sé es que no sólo mi viaje se debió al cambio de aires, sino también al intercambio de relaciones entre mi tío y la familia del pueblo. Vamos,

que yo era una especie de embajador de paz y de concordia, y creo que... de alguna cosa más. Me parece que las pesetas andaban de por medio, porque mi tío Rafael las tenía, y habíase quedado viudo hacía poco, y sin hijos...

Dándole vueltas al asunto van pasando líneas y no acabo de decir quién soy yo. Sépalo de una vez el lector. Fernando Pedregosa y Gárgoles me llamo, y dice mi cédula personal que nací en Villaguadiana, provincia de Badajoz, y que tengo 26 años, y que soy soltero. Todo esto, en el momento histórico de mi relato. A lo de soltero podía agregar un «sin compromiso» bien claro y rotundo; y más todavía: el firme propósito, que suelen tener todos los que dan de cabeza en la vicaría, de no traspasar las pe-

ligrosas lindes del celibato, así me asparan.

¿He advertido ya que mi tío Rafael era—había sido—negociante en carbones, y que la vejez suya vino acompañada de unas rarezas más que medianas, tales como no salir a la calle apenas, afeitarse dos veces al día y desayunarse todas las mañanas con sopas y dos huevos? No; pienso que nada de esto sabían ustedes; y no era muy transcendental su ignorancia, que digamos. Unicamente lo de que yo fuera solo cuando el incidente del automóvil se explica ahora, estando en pormenores de los hábitos de mi tío Rafael, única persona a quien entonces yo conocía, y no mucho, en la ciudad de los Califas. Transcurridos varios días del percance, conozco ya a bastante gente. Sin ir más

lejos, tengo el gusto de presentarles a «El Alma de la Mezquita»...

He aquí el origen de mi conocimiento:

En la llamada puerta del Perdón me hallaba un domingo, esperando la hora de la Misa y viendo el agradable desfile de las mujeres que entraban, cuando me sorprendió ésta que desfiló por el patio de los Naranjos, vestida de negro, con sencillez no exenta de lujo, y andando más bien de prisa, pero digna y señoril como una reina.

—Casi nadie, ¡«El Alma de la Mezquita»!...

Estas palabras, dichas como precedente de unas tosecitas significativas y de unas risas forzadas, significativas también, las oí detrás de mí a unos muchachos con traza de estudiantes. Me

quedé a la escucha unos minutos, a ver si averiguaba algo sobre el sonoro apelativo de la que había cruzado, y noté que los muchachos daban bromas y llamaban cursi a un compañero que debía ser aficionado a literaturas, por las trazas de su sombrero negro de anchas alas flexibles, y su chalina, negra también, de lazo colgandero y grande como un vencejo disecado.

Saqué la consecuencia de que el hombre era una ametralladora de sonetos y madrigales que disparaba sobre la nena, y que eso de «El Alma de la Mezquita» fué obra suya indudablemente. Aquel día y varios más le he visto en la Misa, apoyado en una columna, fijos sus ojos de alucinado en la mujer de sus consonantes.

Yo no sé si ella se habrá dado cuen-

ta del amor que a sus espaldas está ardiendo, hecho una lumbre inextinguible; me parece que no, porque, a pesar de todos los disimulos, las mujeres miran más o menos de reojo cuando saben que las están mirando intencionadamente. Y «El Alma de la Mezquita» de rodillas se pasa la Misa entera, sin moverse, sin quitar la vista un ápice de las páginas del lindo devocionario que entre sus manos lindísimas sostiene.

III

DE CÓMO LAS DROGAS SE CONVIERTEN EN TRAJES Y CORBATAS

BIBLIOTECA · UNIVERSITARIA · Granada

CUANDO les presenté a ustedes a «El Alma de la Mezquita» no les dije siquiera cómo se llamaba. Ni yo mismo lo sabía; así es que malamente podía decirlo. Hoy ya es harina de otro costal. Hoy sé cómo se llama, dónde vive, la familia que tiene, el capital que posee..., ¡hasta los años que cuenta!, lo cual es ya averiguar lo último que puede saberse de una mujer que, según parece, pasó de los veinte... Y sé más. Sé que, como en las novelas ocurre, este *personaje* viene complicado de atrás con mis asuntos. ¿Verdad que se lo habían ustedes supuesto? Bueno, pues yo no. Yo no me había supuesto nada. ¡Y cómo iba a su

ponerme que aquella señorita ocupante del automóvil que por poco me hace trizas en la calle Rey Heredia era nada menos que «El Alma de la Mezquita»! No, no sonrían ustedes; hagan el favor de no sonreír maliciosamente, que me voy a explicar.

Cuando yo, maltrecho y cariacontecido, llegué a casa de mi tío Rafael, minutos después del percance, me enteré de que la muchacha que se presentó a dar satisfacciones y después desapareció como por encanto, era hija de un amigo de mi tío. Me enteré también de que este amigo fué a casa el mismo día aquel, y mientras yo estaba durmiendo el susto, interesándose mucho por mi salud, como era natural, y lamentando el atropello y poniendo al chófer de vuelta y media, como era naturalísimo.

A varias horas de distancia del automóvil, ya bien sereno, me intrigó la señorita aquella, y en la imaginación vi borrosamente su figura, que me pareció grata y simpática. Algo novelero que soy, muy pronto levanté el andamiaje de unos castillos aéreos, que constituían todo un prodigio de esbeltez y de filigrana. Pero mi tío me entró las cabras en el corral, según se dice, refiriéndome ce por be cuanto yo pregunté sobre el particular, y hasta muchas cosas que no le había preguntado ni podía suponerme.

La muchacha aquella que yo había principiado a nimbar de misterios y conjeturas, se llamaba Mercedes. Mercedes Orellana, y había sido novia de un heroico aviador muerto en la guerra. Aquel aviador, que era hijo de prócer familia española—de esas que, para ven-

tura nuestra, desenrollan a menudo los heredados pergaminos luminosos, para seguir escribiendo en ellos la buena historia de España—, horas antes de morir dictó su testamento, quedando todos sus bienes, libres de travas e imposiciones, a favor de Mercedes, con quien iba a casarse muy pronto. Y como el padre de Mercedes andaba metido por entonces en unos negocios de exportación, cuando vió aquel dinero que se le entró por las puertas, y que si no era suyo bien podía manejarlo, llenóse de ambiciones. Mas pasaron meses, y lo que se pensó ancho y claro camino de progresos y abundancias, se volvió barranco de presentidas ruinas. De prisa y muy de prisa tuvo que andar el exportador recogiendo velas infladas, apretando clavijas sueltas y echando siete

llaves al arca de caudales de su hija. Hizo balance detallado, y vió que en dos años, ajustadas todas las cuentas, íntegro estaba el capital de Mercedes, pero el suyo habíase ido como humo de pajas. Apenas quedaban treinta mil duros, contando la casa y unos olivares en la sierra. Ni para los gastos de la familia, si habían de seguir la vida que seguían.

Expuso a su hija lo ocurrido; se lo quiso exponer, mejor dicho, porque Mercedes no le dejó hablar: ¿Cómo a ella cuentas? Allí no había mío ni tuyo. Su capital—su millón largo de pesetas—estaba disponible para necesidades de la casa, para todo, para todo. Aquel dinero no era suyo sólo; era también de su padre y de sus hermanos. Ella, ¿para qué iba a querer ella su dinero, si nun-

ca, ¡nuncal, constituiría hogar aparte de aquel hogar?

Y así pasaba el tiempo. Con las rentas del capital de Mercedes estudiaban sus dos hermanos en Madrid y gastaban de lo lindo; con las rentas había coche, y veraneo, y lujo en la casa. Mercedes, siempre enlutada, siempre triste, era quien menos se aprovechaba de las rentas, quien menos las lucía, quien menos las disfrutaba. Cinco años, cual si fueran un solo día interminable de dolor íntimo y reconcentrado, habían transcurrido desde la muerte de su novio. Y aquellas alocadas y magníficas vísperas de la boda en proyecto, a los diecinueve años radiantes y generosos, aquellas vísperas que la fatalidad coronó con unos velos de luto, alucinantes y tenebrosos, dejáronla en el alma un poso de

esperanzas tronchadas, de espejismos rotos, de bellas, dulcísimas ilusiones agriadas con lágrimas de viudedad en el corazón.

Al escuchar, narrados por mi tío, estos detalles de la vida de Mercedes, de veras les aseguro que sentí pena y angustia por aquella mujer, sufrida y desgraciada porque era buena. Pero sentí también que aquel exornado castillo que yo había levantado en la fantasía, igual que humo de pajas salía de mi cabeza, hecho jirones de color de ceniza.

Y ya, pasado un mes de saber todo lo referido, cuando más como curioso que como fabricante de castillos en el aire, tenía deseos de conocer a esa mujer, pero unos deseos que no me corrían prisa ni mucho menos, mi tío, un martes desventurado, me propuso la visita, y a

casa de Mercedes fuimos, mejor dicho, a casa de don Sebastián, padre de Mercedes, porque a la cuenta la casa era del padre, y no hay por qué despojarle de ella, ya que al hombre le quedó tan poco de sus malaventurados negocios de exportador.

Frío, lo que se dice frío como el hielo me quedé, cuando don Sebastián, llano te y campechano, me presentó a su hija, a quien en seguida reconocí. ¿Me reconoció ella también? Yo creo que sí, y en sus labios me parece que se dibujó una sonrisa ante mi actitud de sorpresa que no logré disimular. ¡Mercedes era «El Alma de la Mezquita»!

Ustedes se harán cargo de mis inquietudes cuando se enteren de que varias mañanas asistí yo a Misa en la Aljama celebérrima sólo para ver a

aquella mujer; cuando sepan que hasta la seguí disimuladamente algunos días; cuando les diga que ante «El Alma de la Mezquita» había yo quebrantado mis propósitos de celibato perpetuo...

¡Y ahora resultaba que aquella, aquélla, era Mercedes con toda su historia, con todo su dolor, con su millón largo de pesetas, en el que no se podía pensar dignamente!...

Ganas me dieron de liarme a bofetadas conmigo mismo. ¡Para esol, para hacer el tonto, me había yo comprado dos trajes y media docena de corbatas, invirtiendo las pesetas que me entregó mi abuelo para adquirir nuevos específicos con destino a la botica...

IV

LAS FANTASIAS AYUDAN A LAS REALIDADES

MÁS de un año llevaba yo en Córdoba, y diciendo la verdad, he de decir que ni remotamente me pasaba por las telas del juicio abandonar la patria de Séneca. Había adquirido amistades y conocimientos, y como nada más tenía que hacer sino pasar los días lo mejor que pudiese, no faltaron los clásicos *peroles* en pintorescos lugares de la sierra, y la visita a la Huerta de los Arcos, a las Ermitas, a las ruinas de Medina Azahara, y a tanto y tanto paraje delicioso donde la vista puede admirar bellezas naturales inmensas, y el alma henchirse por las ventanas de todos los sentidos, con la delectación

de infinitas recordaciones históricas y legendarias. Muchas veces, en la campiña dilatada, en las márgenes del Guadalquivir, entre el bosque de columnas de la Mezquita, ante las ruinas del Alcázar, en caserones vetustos, han surgido, empapados de su maravilloso sentimentalismo romántico, los versos del duque poeta:

«¡Córdoba insigne!... ¿dónde tu grandeza?
¿dónde está tu poder? ¿Con quién su saña
mostró el tiempo voraz como contigo
y la ciega Fortuna su inconstancia?»

Pero, siendo innumerables, no eran exclusivamente los encantos y recuerdos de Córdoba monumental y pintoresca lo que en esta ciudad me sostenía. Dentro de mí, vibrante, agobiador, excelso, levantándose por encima de todos mis sentimientos, sujetándolos y alen-

tándolos, dándoles fuerza y quitándoles brío, impulsándolos a veces hasta la desesperación y a veces encumbrándolos hasta el ensueño, el amor a Mercedes alentaba. Había hablado ya con ella en muchas ocasiones; trabamos amistad y poco a poco, igual que por un balcón abierto en la noche va entrando la luz del día que nace, fué irrumpiendo en mi pecho el encanto sutil, dulcísimo, fragante y glorioso, de esta mujer.

Nunca llegué a sospechar que en mi personalidad de boticario se encerrase tan apasionado y vehemente amador. Así, tamañitos, se quedaban ante mí por aquellos días las juglares de los versos florecidos de ripios y los galanes jóvenes de las compañías del tres al cuarto. Como el noventa y dos por ciento de

los enamorados que duermen abrazados a la almohada, hablan con la luna y lloran cuando se pone el sol, un servidor de ustedes, que hacía todas las cosas apuntadas u otras parecidas, no le había dicho una palabra a la Ella adorada.

Claro que no eran grano de alpiste, ni mucho menos, las circunstancias en que Mercedes se hallaba envuelta. Pero, ¿adelantaba yo algo, si las dificultades eran insuperables, con mirar al cielo en las noches estrelladas y pasarme las horas muertas paseando por las naves de la Mezquita, mañanas y más mañanas, por ver a Mercedes, por espiarla entre las hileras interminables de columnas, en el delicioso laberinto de mármoles, y jaspes, y granitos que se levantan como varas de un palio gigan-

tesco, recogido en pliegues alineados y uniformes, como pulidos troncos de árboles maravillosos, que sostienen el espléndido ramaje de cientos de arcos, resaltando las dovelas, rojas y blancas, que semejan turbantes colosales, apoyados en la exquisita filigrana de los capiteles corintios?... Sí adelantaba. Ponerme más loco; desvariar más y más de prisa.

Un día, un domingo, me encontré en la Misa de doce con don Sebastián y con Mercedes en la Mezquita-Catedral. Estaba yo, como de costumbre, al acecho detrás de una columna, y al torcer ellos la dirección que llevaban me vi sorprendido, y sospecho que las orejas se me pusieron más rojas que la jaspeada piedra en que me apoyaba. Hice una inclinación de cabeza, con una sonrisa

de saludo que yo creo que no acabé de hacer, cuando esperaba verlos alejarse, me encuentro con que don Sebastián, cordialmente se dirige a mí, sin soltarse del brazo de su hija, y me dice:

—¿Quiere usted ver de nuevo—porque supongo que lo habrá visto repetidas veces—el mihrab? Mercedes me lleva a mí, y yo le invito a usted a que nos acompañe.

Y claro: ¿qué iba a hacer yo? Ver el mihrab, y verlo viendo a Mercedes, que era indudablemente para mí juntar la visión de las dos más grandes maravillas de Córdoba, y me atrevería a decir del mundo entero, si ustedes no se molestan.

Difícilmente se olvida la contemplación primera de la Mezquita cordobesa. Aunque por el exterior los ajimeces y

celosías de mármol, los adornos finos y delicados del estuco y las chapadas puertas han desaparecido en gran parte; el Patio de los Naranjos, con sus palmeras encumbradas, que cuelgan de los cielos la verdiáurea cabellera de sus arcos triunfales, sus fuentes cantarinas, que allí suenan con ruido más armonioso y dulce; la torre esbelta y airosa que desde allí se ve, clavándose en el azul como una custodia de piedra, severa y augusta, colocada en la recia peana del alminar; todo esto y la frescura de los naranjos, con la nieve divina y perfumada de los azahares o los pomos de sus frutos de oro cual apagados luceros caídos de lo alto, hinche y alegra el alma con un baño de luz y de color que ha de embalsamarla y purificarla para gustar a sus anchas de las

interioridades oscuras y misteriosas de la Aljama incomparable.

Pero todavía es incompleta y deficiente la visión del conjunto del sagrado lugar. Se presiente la claridad velada de las numerosas puertas de las naves simétricas, sin interrupciones, sostenidas por más de mil columnas variadas; se echa de menos aquella luz tenue que penetrara por el enrejado de las celosías de alabastro, para quebrarse en el multicolor de los jaspes relucientes, en el colorido sutil y penetrante de la techumbre riquísima de alerce, donde triunfaran las infinitas decoraciones de los dibujos arabescos. El alma sublimizada con la actual visión, bellísima, remóntase adormecida con las presentidas bellezas, más lejos, más lejos... Y ha penetrado en la Mezquita

por la puerta principal, recubierta con planchas de oro, finamente labradas; y se ha deleitado con la contemplación de aquel soberano jardín artificial, hecho por manos laboriosas y geniales, con primorosos estucos, y filigranado *toseitesa*, y mármoles transparentes, y maderas selectas, y jaspes coloridos y luminosos...

Y quieta, muda, en éxtasis divino levantada, el alma se ha dormido, y ha llegado la noche. Es la hora del alatema. Los almuédenes han encendido las cuatro mil setecientas lámparas, y las luces mortecinas, que quemaban todos los años más de veinte mil libras de aceite y doscientas de áloe, brillan como lluvia de astros prisioneros en las naves del templo de Mahoma.

El alimán, prefecto de la oración en

la Mezquita, ordena el cántico de los azalás al Dios único y a su solo Profeta. Desde el almimbar, se escucha luego pausada, solemne, la voz del almocrí, que lee las kabsidas del alkorán, con acentos lúgubres de inexorables mandatos. La religión, mezcla de epicúrea malignidad y de cristianos fervores; la religión, creyente hasta el fanatismo y dulzona y regalada hasta los límites de la docta sensualidad agotadora, vibra en toda su plenitud dentro de la Mezquita... Y el alma sale de su ensueño ante las miradas calientes y agudas, como puñales al rojo, de las negras pupilas de las mujeres agarenas...

Pero no, no hacen falta los estímulos y acicates de una fantasía desbordada para gustar el encanto que aletea vivo y espléndido; no es necesario cerrar los

ojos para dejar de ver los inevitables, despiadados golpes de piqueta que a un tiempo dieron los siglos y los hombres, para saturarse del mágico atractivo de esta obra, que es un sueño de piedra y de luz...

Acompañando a Mercedes me he dirigido al mihrab, adoratorio de la Aljama, situado al mediodía, donde miraban para orar los muslines españoles.

Y... yo creo que es razón que volvamos la hoja, y que titulemos capítulo aparte.

V

EN EL MIHRAB OSCURO Y MISTERIOSO

Aquí, en este rinconcito, se esconde, con todos sus misterios, la verdadera alma de la Mezquita.

En tono un poco jocoso me dijo Mercedes estas palabras al abrirse la verja del vestíbulo del mihrab, y antes de penetrar en el santuario.

¿Les había yo declarado que Mercedes era aficionadísima a las cosas del arte árabe, y que había leído cuanto pudo hallar referente a la Mezquita? Pues sí, Mercedes era una devota admiradora de los arcos de herradura y de los estucos y mosaicos primorosos. Y como algo se pegan también estas benditas chifladuras del arte, que deben

tener su microbio correspondiente, don Sebastián, de tanto y tanto escuchar a su hija, hacía ya sus pinitos artísticos. Yo, si he de ser sincero, más me interesaba la Mezquita por el lado de Mercedes que de Hixcen. Pero aquel día inolvidable, con la compañía de esta mujer...

En el vestíbulo nos embriagamos de la fragancia maravillosa del arte que logró tales portentos. El mármol del zócalo se abre en una florescencia exuberante de líneas que se abrazan, que se besan, uniéndose para formar hojarascas y rosetones, a veces, y luego en curvaturas deliciosas se huyen, se alejan unas de otras, cual jirones de humo en espirales armónicas, cual varetas finísimas de un rosal petrificado y vivo. Después surge la arquería aérea, elegantísima,

incomparable, ramificada por toda la pieza del vestíbulo, y los arcos trepan unos sobre otros, libres, agilísimos, descansando apenas en los cornisamentos, apenas apoyándose en las blancas columnitas marmóreas, que más parece que de ellos penden, que los sostienen y fortifican. No, no es posible aunar más nervio y más brío en las líneas, y más elegancia y más delicada belleza en el conjunto. Entra la luz por las celosías de alabastro, respetuosa, humilde, y sube a la cúpula el bellísimo dombo bizantino, que se apoya en un octógono formado por abiertos y dorados que se cruzan, y de allí, de aquella media naranja portentosa, por las canales fulgentes, cae la luz como lluvia divina de un fuego sutilísimo que vivifica los arcos, y transparenta las columnas, y se funde

enamorada y feliz con el mosaico rutilante que llena los macizos de la arquería, formando caprichosos arabescos polícromos. Y aquel mármol, y aquel estuco, y aquellos pedacitos cuadrados de vidrio encendidos por la luz, son riquísimo brocado, y recamado tisú, y lino más blanco que la nieve, y muchas, infinitas piedras preciosas, exornando todo aquel milagro de bordado, y de color, y de dibujos de realizado ensueño...

¿Y qué decir, cómo es posible que la pluma pinte la fastuosa fachada del mihrab? Aquellas cenefas primorosas, aquellas doradas letras esplendentes, aquella hilera de pequeños arcos exquisitos, aquellos entrepaños magníficos, aquellas deliciosas grecas, aquella colosal archivolta, aquel gran arco, aquella media luna relumbrante, con dovelas de

BIBLIOTECA · Granada · ANDALUCIA

fondo azul turquí y rojo, empedradas de vidrio y de oro, y de todos los colores del iris, y de todas las líneas de los más bellos arabescos... Aquellos ornamentos todos donde se retuercen armónicos, cual si se achicharraran en un horno divino, folias y tallo de palmas, de lotos, de tulipanes, de lirios, en un arrollador empuje de fantásticos trazos creadores...

No, eso no puede decirlo la pluma, ni puede copiarlo el pincel, ni puede llevárselo en su cámara bruja la fotografía. Allí, sólo allí, con aquel arrobamiento, y aquella luz, que se adentra en el alma, puede verse y puede sentirse.

Hablando con unos turistas en el vestíbulo se quedó el bueno de don Sebastián, echándoselas de erudito, mientras que Mercedes y yo entramos solos en el

santuario. Tan oscuro está el mihrab, apenas alumbrado por el pequeño arco de entrada, cuyas jambas decoran columnitas de jaspe y de mármol negro, que hubo necesidad de encender una luz para contemplarlo. Y entonces, más que antes, sentí yo correr por mis nervios un escalofrío de algo sobrenatural y milagroso.

Un pequeño recinto, de forma ochavada, con el marmóreo pavimento desgastado alrededor por la superstición árabe; un zócalo de grandes tableros de mármol blanco, cruzado por encarnadas vetas; doce columnitas níveas, esbeltas, dorada su base y dorados sus lindos capiteles que sostienen bellos arquitos trebolados, en los testeros; una concha colosal en el techo, labrada toda de una pieza de mármol blanco exornado...

Esto es el mihrab. Pero lo que allí toca los nervios, y llena los ojos, y satura el espíritu y echa a volar en deliciosos vuelos la fantasía, es más que eso. Es algo impalpable que sume en un pequeño mundo aparte de todas las sensaciones y todos los recuerdos. Es toda la religión y todos los sibaritismos, y todo el fuego sensual y toda la imaginación desbordada, y todo el fanático hervor, y todo el arte impenetrable y grandioso de los árabes. Es, porque no se puede decir de otra manera, el alma de la Mezquita que llora nostálgica, y se arrulla ensoñadora, y suspira tierna y dulcísima; el alma de la Mezquita, que prisionera y encantada vive en este rinconcito oscuro y misterioso del mihrab...

Yo no sé qué fué lo que pasó por mí. Cerca de aquella mujer, con la armonía

de su voz en mis oídos, y la noche viva y luciente de sus ojos en mis pupilas, y la escultura de su cuerpo a mi lado, ungiéndome de la perfección de sus líneas, de su encanto, de su feminidad gloriosa; yo no sé qué vi, yo no sé qué es lo que sentía... ¡El alma de la Mezquita! Sí, sí, era verdad. Allí en aquel rinconcito del mihrab, vivía, palpitante, purísima, encendida de divinos fuegos, que no se apagaron con los siglos, el alma verdadera de la Mezquita de Córdoba.

—Mercedes, Mercedes...

Tenía los ojos negros, los más negros y los más grandes ojos de mora que se hicieron cristianos. El sol de Andalucía había puesto en su pelo los oros sutiles de sus rayos. La nieve de los azahares y de los alabastros y mármoles más blancos, habría podido tomar blancura

de sus carnes. Las huríes del Paraíso la envidiarían por bella. Las favoritas de Hixen rabiarían de celos si la vieran en el palacio maravilloso de Medina Azahara. Los poetas árabes hubiéranla ofrendado la sonora pedrería de sus canciones más armoniosas...

Y la veía yo, y hablaba con ella, y la quería, la quería con todas las fuerzas de mi sentir.

Brotó de mis labios el raudal de las palabras tantos días prisioneras.

—Mercedes, óyeme, escucha, Mercedes... Aquí en este recinto sagrado, como un ánfora que se desborda, mi amor se sale del pecho, y quiere hacerse ofrenda a tu amor. La Mezquita, que en este lugar misterioso deja que palpite su alma, es imagen de tu vida. Sobre la Aljama cayeron los siglos, y no sólo de-

rrocaron columnas, sino que cambiaron su esencia, su fe. Entre estas naves oíase predicada la falsa doctrina, en cuyo honor se levantaron; hoy, la Aljama antigua es una Catedral cristiana. El alma de la Mezquita, vencida por el otro amor, se recrea con los sones del órgano, se perfuma de incienso, se arrodilla y reza ante la Cruz. Y el alma de la Mezquita no ha perdido su encanto, no ha hecho traición a sus bellezas, no se ha profanado. Palpita en sus entrañas un amor nuevo, victorioso, y el renovado templo le ofrece a su paso los gloriosos senderos de sus infinitos arcos triunfales... Mercedes, óyeme, acoge en tus brazos el tesoro abundante de mis cariños... Déjame hallar en el fondo de tus pupilas el norte de mis caminos felices... Mercedes, alma, luz divina de mi alma.

Y la cogí las manos, y con besos encendidos en ellas, la dije todo cuanto no sabían decir mis labios.

Me rechazó dulcísima:

—¡Calla, calla..., no seas locol... Estamos en la iglesia, ¿no ves?... Estamos en la iglesia...

Una ola de fina esencia de rosas se difundió por el estrecho ámbito del mihrab. Mercedes había sacado el pañuelo, y disimuladamente, mirando las doradas inscripciones árabes de la cornisa, limpióse unas lágrimas...

VI

ESCENA DE PATIO CORDOBÉS

El patio principal de la casa de don Sebastián Orellana es un típico patio cordobés, amplio y dilatado, para que el sol divino entre a raudales y el cielo generoso pueda lucir la techumbre radiosa y magnífica de su azul.

¿Quién habló de las tristezas y melancolías del otoño? Los bojes, recortados en las macetas cual inmensas corolas verdes de flores exuberantes; los crisantemos multiculores, cayentes los manojos de pétalos como flecos de pañolones de Manila; los pomos de oro, los trepadores jazmines, diminutos y perfumados; las blancas diamelas, las encarnadas crestas, los ensangrentados

zarcillos de la reina; las gitanillas rojas, que extienden su lluvia de corazoncitos por el arriate frondoso...

El patio que engalanan, presidiéndolo, palmeras esbeltas y eurocarias señoriales, que tiene revestidas sus paredes de trompetas, y plúmagos, y campanillas, y cubiertos los rincones por naranjos y limoneros, y empedrado el suelo de chinas menudas, relucientes y pulidas como perlas, sonríe al otoño igual que a una primavera bendita... En el centro hay un pozo; un pozo hondo, con brocal labrado de piedra negra, al aire la garrucha estrepitosa y chirriadora, en la cimera del arco esbelto de forjado hierro; y de frente a la cancela, filigranada como una gran celosía marmórea, hay tres arcos de herradura, de lindas dovelas rojas y amarillentas, que

se apoyan en grandes columnas de pintado jaspe. A los lados dan al patio alegres ventanas, de las que cuelgan las trepadoras la verde colgadura de sus tallos florecidos. Y en una de esas ventanas, Mercedes, fragantes sus divinas bellezas, llora conmigo esta tarde lágrimas de felicidad.

Hace ya que somos novios tres, cuatro meses..., no sé. El cariño no sabe cómo transcurre el tiempo. Y hoy, acordes nuestros deseos, ha dado Mercedes el paso decisivo: todo el capital que la legó su antiguo novio infortunado lo ha puesto a disposición del Ministerio de la Guerra, para que se premien, varias veces siquiera, los gestos de esos hombres que, llevados de la temeridad gloriosa, remontan a los aires, en el Marruecos de nuestras luchas, los

leones invictos de los Castillos de España.

Ha hecho renuncia del capital, sin esfuerzos, sin inquietudes internas, sin remordimientos de ingratitud. Y al decírmelo hoy, por primera vez, toda ruborosa y emocionada, ha dejado que mis labios beban en sus labios la miel sagrada de los besos puros, triunfantes...

Y luego hemos hablado mucho de proyectos, de recuerdos, de naderías que sólo a los novios interesan. Y hablando, se ha ido el sol, llevándose en su cortejo las postrimeras claridades del día, y se ha encendido el farol del patio y el farolillo diminuto que alumbra un San Rafael de azulejos, a la entrada.

—¿Cómo no te vas ya, Fernando? Es tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para marcharte.

—Entonces me quedo. Si de todas maneras se pasó la hora...

Y hemos sonreído, y con las sombras de la noche he visto que son más grandes y más negros los ojos de Mercedes, y que ellos bastan para difundir en mi alma todas las claridades del mundo.

Nos separamos para reunirnos al poco rato otra vez, pero dentro de casa, porque nuestras relaciones gozan de todos los requisitos de la formalidad.

Y como antes no ha habido tiempo, ahora les digo a ustedes que mi tío Rafael murió, y que mi abuelo y mi madre vinieron a Córdoba con el triste motivo del fallecimiento. Pronto, dentro de unos meses, volverán para asistir a mi boda.

Yo no me he movido de la ciudad de los Califas, ni de aquí pienso moverme

después de casado. Y esto, contra el parecer de mi abuelo, que dice que aquella botica de Villaguadiana es una ganga, y que aquel pozo que tiene en el corral es una mina de oro. Pero no me convence mi abuelo. Ni acaso ejerza la carrera. La vida del campo es la ilusión de Mercedes y la mía también, y en el campo viviremos grandes temporadas, pues tengo proyectos de explotar directamente un cortijo, que la generosidad de mi buen tío Rafael me quedó en el testamento.

VII

EN LA TORRE HAY UNA ESTRELLA...

Y esta noche, pasando cerca de la Mezquita—junto a la Virgen de los Faroles esplendorosa y radiante, entre las flores que quieren besarla, y la fuente que nace a sus plantas para rezar el glu glu sereno de su oración humilde—, he visto, coronando la torre, una luz. Bella idea la de la luz en lo alto. Parece una estrella, hermana de las estrellas del cielo. San Rafael vigila desde allí por los caminantes, mostrándoles la esperanza bendita de su faro.

En la torre hay una estrella... ¿La han puesto los hombres? ¿No es acaso el alma de la Mezquita, que en la soledad del templo suspira angustiada por su

esclavitud, y vuela por el alminar, y se encumbra sobre la torre, y milagrosamente se hace estrella, divina estrella que fulgura límpida, brilladora, sobre las solitarias calles silenciosas de Córdoba la Sultana?...

—Mercedes, Mercedes... En la torre hay una estrella; es el alma de la Mezquita...

Se lo he dicho luego, y ella me ha mirado asombrada, y después, abriendo mucho los ojos negros insondables, se ha quedado quieta, quieta, como si tratara de hundirme en los oscuros abismos de sus pupilas.

Y allí dentro, muy dentro de los ojos de Mercedes, también he visto una blanca estrellita radiante. Y por unos segundos alucinado, como otro día en el mihrab, he sentido que el alma de la Mez-

quita era una mujer blanca, blanca, dorados los cabellos de sol de Andalucía, negros y grandes los ojos: los más negros y los más grandes ojos de mora que se hicieron cristianos...

FIN DE «EL ALMA DE LA MEZQUITA»

INDICE

Págs.

I.—Se explica por qué no me gustan las calles estrechas 7

II.—Conozco y presento a ustedes a «El Alma de la Mezquita». 17

III.—De cómo las drogas se convierten en trajes y corbatas. 27

IV.—Las fantasías ayudan a las realidades. . . . . , 39

V.—En el mihrab oscuro y misterioso. . 53

VI.—Escena de patio cordobés . , . . 67

VII.—En la torre hay una estrella... . . . 75

Esta novela publicóse por primera vez en los números de la revista «Letras Regionales» correspondientes a Septiembre y Octubre de 1925. Por segunda vez se publicó en un volumen que se acabó de imprimir el día 31 de Julio de 1928 en los talleres tipográficos de «Letras Regionales». Ahora se edita por tercera vez en dichos talleres, terminándose su impresión el 7 de Marzo de 1929.

REVISTA MENSUAL
TEMAS REGIONALES